

Sheldon S. WOLIN, *Democracia S. A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, traducción de Silvia Villegas, Katz Editores, Buenos Aires, 2008, pp. 404.

GREGORIO SARAVIA
Universidad Carlos III de Madrid

Palabras Clave: democracia dirigida, totalitarismo, miedo, mito, Guerra Fría, seguridad nacional, imperio, Constitución.

Keywords: managed democracy, totalitarianism, fear, myth, Cold War, national security, empire, Constitution.

Sheldon S. Wolin es un importante politólogo estadounidense, profesor emérito de la Universidad de Princeton y uno de los más reputados especialistas de la democracia en el ámbito teórico anglosajón. También se ha destacado como historiador de las ideas mediante análisis que, por su profundidad y originalidad, han servido para interpretar mejor los acontecimientos políticos y sociales contemporáneos¹.

Su obra *Democracia S. A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido* propone la inquietante y, a la vez, provocadora tesis de que la democracia de los Estados Unidos de América no ha estado nunca verdaderamente consolidada y que a comienzos del siglo XXI muestra preocupantes signos de estar controlada por un *totalitarismo invertido* que es ejercido por

¹ Entre las obras más relevantes de Sheldon S. Wolin, se podrían mencionar: *Politics and Vision* de 1960 (traducida al español como *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental*, traducción de Ariel Bignami, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973), *Hobbes and the Epic Tradition in Political Theory* de 1970 (traducida al español como *Hobbes y la Tradición Épica de la Teoría Política*, Traducción de Javier Roiz y Víctor Alonso Rocafort, Editorial Foro Interno, Madrid, 2005), *The Presence of the Past: Essays on the State and the Constitution* de 1989 (The Johns Hopkins University Press, Baltimore) y *Tocqueville between two worlds: The making of a political and theoretical life* de 2004 (Princeton University Press, Princeton).

un *superpoder*. Estas dos últimas nociones precisan cierta aclaración terminológica a fin de evitar una exégesis errónea.

En primer lugar, el concepto de *totalitarismo invertido* es utilizado por Wolin, de manera tentativa e hipotética, para describir la forma en que se ha venido ejerciendo el poder político dentro de las fronteras de los Estados Unidos durante la última década y que se caracteriza por la combinación del poder estatal con otras formas de poder privado como son las modernas corporaciones empresariales. La estrecha vinculación que existe entre el Estado y las corporaciones tuvo su origen, según Wolin, en el período de la Guerra Fría (1947-1991). Durante este período, el gobierno estadounidense y los principales grupos económicos fueron convirtiéndose mutuamente en aliados, en virtud del proyecto común de llevar a cabo una expansión global de sus principales intereses. Como resultado de esta alianza surge un poder nuevo y original cuyo rasgo central es una tendencia totalizadora que no respeta ningún límite político, intelectual, moral o económico.

En segundo lugar, el término *superpoder* representa la antítesis del poder constitucional y le sirve al autor para hacer referencia a la forma en que el poder político de los Estados Unidos se ha proyectado en el escenario de las relaciones internacionales bajo la forma de un imperio. Se trata de un poder indeterminado, extralimitado con respecto al derecho internacional, que no encuentra ningún tipo de medida a la hora de imponer su voluntad a los demás Estados mediante el uso, muchas veces injustificado, de la fuerza.

Wolin considera que el *totalitarismo invertido* aleja a la sociedad del imperio de la ley, del autogobierno y del debate público ponderado –entre ciudadanos que gozan de una igual libertad– para llevarla por el derrotero que conduce a una *democracia dirigida* en la cual prevalece una severa restricción de los canales de participación ciudadana y existe un gobierno de partido único que responde, de forma casi exclusiva, a los intereses de una elite. El *totalitarismo invertido* se inspira en los totalitarismos clásicos (los regímenes de Hitler, Stalin y Mussolini) en su designación pero no comparte con ellos el anhelo vehemente que los impulsó a controlar el Estado y la economía a fin de movilizar a la sociedad en su conjunto, más bien utiliza al Estado de forma parcial con el objetivo de favorecer a ciertos poderes corporativos y buscar la desmovilización política de la ciudadanía.

Respecto del *superpoder* también resulta relevante la conexión que el autor señala entre esta doctrina y los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Cuando los edificios que simbolizaban al poder financiero y militar



fueron atacados –Torres Gemelas y Pentágono–, los medios masivos de comunicación estadounidenses “no sólo produjeron una iconografía del terror, también crearon un público atemorizado, receptivo al liderazgo; primero aclamando a un líder, el intendente de Nueva York, Rudolf Giuliani, y luego siguiendo a un líder, el presidente de los Estados Unidos, George W. Bush”². En efecto, el 11 S fue el punto de partida para la construcción de un mito que permitió a los gobernantes legitimar el ejercicio de poderes desmesurados para erradicar a un enemigo, el terrorismo, que se presentaba como la encarnación del mal en el mundo. La denominada guerra contra el terror agrupó, de forma casi unánime, a los ciudadanos estadounidenses detrás del gobierno. Éste, una vez dotado de poderes extraordinarios –sin los límites que imponen los tratados internacionales y otras normas de cooperación existentes en la comunidad internacional– exigió una lealtad incondicional para llevar adelante una cruzada contra los poderes malignos en nombre de la democracia y la libertad.

De ahí que Wolin señale la importancia de estos atentados –y de la mitología que se erigió alrededor de ellos– en cuanto a las múltiples funciones que cumplieron ya que fueron “la base de una teología política, una comunión en torno del cuerpo místico de una república belicosa, una advertencia contra la apostasía política, una santificación del líder de la nación”³.

En el capítulo II de su obra, Wolin expone los principales elementos que conforman el *totalitarismo invertido* mediante la noción de imaginario político. La producción de éste se concibe como una “organización de recursos, tanto ideales como materiales, en la que el potencial que se les atribuye se convierte en el desafío de materializarlo”⁴.

El imaginario político puede convertirse en un concepto básico de la cultura general cuando los políticos y los ciudadanos se habitúan y se identifican con él. Para Wolin existen dos tipos de imaginarios distintos a los que denomina *imaginario del poder* e *imaginario constitucional*. El primero de ellos busca de forma insistente la ampliación de sus posibilidades y busca justificarse a través de los fines que persigue, mientras que el segundo se caracteriza por intentar establecer los medios por los cuales se legitima el poder, se lo estabiliza y se lo limita.

² Vid. S. S. WOLIN, *Democracia S. A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, traducción de Silvia Villegas, Katz Editores, Buenos Aires, 2008, p. 27.

³ Vid. S. S. WOLIN, *Democracia S. A...*, *op. cit.*, p. 33.

⁴ Vid. S. S. WOLIN, *Democracia S. A...*, *op. cit.*, p. 45.

Ahora bien, el problema de la convivencia de ambos imaginarios es que la consecución del imaginario del poder, de acuerdo con su naturaleza, puede llegar a ignorar los límites que pretende fijarle el imaginario constitucional. En virtud de este análisis, el autor plantea la hipótesis de que en la historia contemporánea de los Estados Unidos se puede verificar el surgimiento de un imaginario del poder de talante expansivo y desenfrenado a partir de la Segunda Guerra Mundial.

El triunfo de los aliados vino a confirmar el poderío militar estadounidense pero también inauguró una época de confrontación con la U.R.S.S. que surtió importantes efectos en la agenda política interna. Según Wolin, la Guerra Fría significó, entre otras cosas, el fin de las tendencias igualitarias y el progresivo desmantelamiento del Estado de Bienestar implementado durante el gobierno de Franklin D. Roosevelt a través del denominado *New Deal*. A partir de 1947 se registra una tendencia en la política presupuestaria, en los diferentes gobiernos que se suceden, que fija como una de sus principales prioridades los gastos de defensa en detrimento de aquellos relacionados con el bienestar social. De esta manera, se inaugura una era marcada por una suerte de pacto entre el estamento de “defensa-militar” y la economía corporativa que produciría cambios significativos tanto en el imaginario del poder como en el imaginario constitucional.

Desde finales de la década de 1940 hasta comienzos de la década de 1990, la Guerra Fría y la amenaza a las libertades por parte del fantasma del comunismo sirvieron como un entorno omnipresente de miedo en el imaginario colectivo –alimentado por los fabricantes de noticias, de películas y por la retórica de los políticos– para extender la idea de que “aun cuando la economía de los Estados Unidos era muy superior a la de cualquier otra nación o combinación de naciones, los estadounidenses tendrían que renunciar a la perspectiva de mejoras sustanciales y permanentes en sus proyectos sociales, económicos, culturales y políticos”⁵.

Uno de los fenómenos que mejor ilustra esta transformación fue, precisamente, el *macartismo*⁶ aunque dentro de los efectos más graves cabe men-

⁵ Vid. S. S. WOLIN, *Democracia S. A...*, op. cit., p. 73.

⁶ Joseph Raymond McCarthy (1908 - 1957) fue un senador republicano por el estado de Wisconsin desde 1947 a 1957. Durante sus 10 años en el Senado, McCarthy y su equipo adquirieron notoriedad por sus investigaciones sobre personas en el Gobierno de los Estados Unidos y otros sospechosos en la sociedad civil de ser agentes soviéticos o simpatizantes del comunismo.

cionar la prioridad otorgada a la política exterior, en detrimento de la atención de los asuntos internos, y la legitimación del elitismo, entendido como el monopolio de lo político en manos de una clase en la que se encuentran sólo “los mejores y más brillantes”.

El mismo Wolin sostiene que la noción de *totalitarismo invertido*, como reflejo de los acuerdos básicos de poder que se han construido en la democracia estadounidense de los últimos años, no busca comparar a la figura de Hitler con la de George W. Bush ni tampoco comparar a la movilizadora sociedad alemana de la década de los años 30 con la desmotivada sociedad estadounidense actual y su irrefrenable consumo de la propaganda que difunden los medios de comunicación privados. Más bien, el término *totalitarismo invertido* se refiere a “un nuevo tipo de sistema político, aparentemente impulsado por poderes totalizadores abstractos y no por un dominio personal”⁷. De esta manera, el autor considera que entre el sistema político estadounidense y la Alemania nazi existen una serie de similitudes y paralelismos que permiten sostener que pertenecen a un mismo género de totalitarismo bajo distintas versiones.

A la luz de la cantidad de aclaraciones, matizaciones y distinciones que se ve obligado a realizar Wolin, en el capítulo III, respecto de la utilización del concepto de *totalitarismo invertido* y de su relación con el modelo clásico de totalitarismo, se podría afirmar que la estrategia argumentativa resulta inadecuada. Una cosa es que la democracia estadounidense se haya pervertido y que, incluso, se pueda afirmar que ha traicionado a los ideales que persiguieron los Padres Fundadores de la nación, y otra muy distinta es que esta transformación termine adoptando la estructura del III Reich. Cuando las diferencias entre ambos regímenes políticos son considerablemente mayores que las posibles similitudes, la comparación no parece ser viable.

Respecto del otro concepto fundamental sobre el cual Wolin construye su tesis, el *superpoder*, se podría afirmar que resulta más ajustado a la descripción que puede llegar a realizarse del rumbo que ha tomado la política estadounidense. Efectivamente, existen numerosos argumentos que permiten hablar de una ampliación y concentración impropia, inconveniente, de los poderes del presidente –y sus asesores– durante los últimos dos mandatos del Partido Republicano. La creación del Departamento de Seguridad Nacional, la sanción de la Ley Patriótica, la declaración de guerra al terroris-

⁷ Vid. S.S. WOLIN, *Democracia S. A...*, op. cit., p. 80.



mo, la calamitosa invasión a Irak, las torturas a los prisioneros en la base militar de Guantánamo y en la cárcel iraquí de Abu Ghraib, los cuantiosos recursos destinados a fortalecer el poderío militar, son sólo un puñado de ejemplos del rediseño al que fue sometido el sistema político estadounidense y de las consecuencias que esto ha traído tanto en la esfera interna como en la externa.

Otro rasgo significativo del *superpoder* es la confluencia que en él se da de un elemento político y otro económico. El primero de ellos, se traduce en la forma de “un imperio y consiste en gran medida de poderío militar, bases dispersas en todo el planeta, ventas de armas, alianzas y tratados con estados relativamente débiles”⁸, mientras que el segundo se trata de la “corporación globalizadora” que se dedica al comercio de bienes, servicios y productos culturales en el mercado extranjero. El poder del actual Estado norteamericano se apoya, pues, en el poder corporativo y no en la ciudadanía. Ésta queda reducida al acto de elección de sus representantes porque carece del poder efectivo de participar en la toma de decisiones que afecten sus intereses y carece de la facultad de controlar de que manera se administra la *res publica*. Si a esta descripción se suman los graves actos de corrupción de los agentes públicos, la manipulación de las elecciones y la preeminencia de las elites frente a los ciudadanos ordinarios, se configura una *democracia dirigida*, es decir, un sistema de gobierno que se caracteriza por el deterioro de la ética pública y por la gestión gerencial en reemplazo de la política.

Ante este panorama que sólo puede causar una intensa aflicción, Wolin dedica el último capítulo de su obra al desarrollo de algunas claves para revitalizar la democracia estadounidense e intentar detener la erosión de los soportes que sostienen su cultura política.

La primera cuestión que resulta indispensable es la recuperación del valor de la verdad y la conciencia de los efectos devastadores de la mentira en política. En este sentido, el autor afirma que “no se puede practicar consistentemente la vocación pública de decir la verdad si no se respeta la integridad intelectual de manera pública y privada”⁹.

En segundo lugar, el rescate del sentido y de la importancia de ideales sociales tales como la justicia social, la solidaridad, la objetividad o el bien común que parecen haber caído en la obsolescencia.

⁸ Vid. S. S.WOLIN, *Democracia S. A...*, op. cit., p. 190.

⁹ Vid. S. S.WOLIN, *Democracia S. A...*, op. cit., p. 365.



En tercer lugar, también es necesaria una ciudadanía activa que se desprenda de su pasividad y exija a sus gobernantes una verdadera democratización de la política.

A fin de perseguir este último objetivo, Wolin cree que la conciencia política democrática tiene más posibilidades de florecer en ámbitos locales de escala reducida en los cuales “tanto las consecuencias negativas de la impotencia política y las posibilidades positivas del compromiso político parecen más evidentes”¹⁰.

En definitiva, *Democracia S. A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido* es una obra interesante y bien documentada que permite asomarse a un diagnóstico de la crisis que sufre la que ha sido considerada como la mayor democracia del mundo. Las inquietantes conclusiones a las que el autor llega respecto de la amalgama formada por el poder político y el económico, provocan el deseo de que, mediante la llegada de un nuevo presidente y las lecciones supuestamente aprendidas, se puedan vislumbrar profundos cambios que resultan indispensables no sólo para la ciudadanía estadounidense sino también para el resto de los habitantes del planeta.

GREGORIO SARA VIA

Universidad Carlos III de Madrid
e-mail:gsaravia@der-pu.uc3m.es

¹⁰ Vid. S. S.WOLIN, *Democracia S. A...*, op. cit., p. 402.

